



Seix Barral

# Hervé Le Tellier

Todas las familias felices





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Hervé Le Tellier

## Todas las familias felices

Traducción del francés por  
Pablo Martín Sánchez

---

Título original: *Toutes les familles heureuses*

© Éditions Jean-Claude Lattès, 2017

© por la traducción, Pablo Martín Sánchez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Árbol genealógico: © Clémentine Mélois

Primera edición: marzo de 2024

ISBN: 978-84-322-4328-8

Depósito legal: B. 1.330-2024

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

---

## I DIALÉCTICA DEL MONSTRUO

Escucha a tu padre, al que te engendró,  
y cuando envejeciere tu madre no la des-  
precies.

Proverbios 23, 22

Sería un escándalo no haber querido a tus pa-  
dres. Un escándalo haberte preguntado si resul-  
taba o no vergonzoso no encontrar en tu interior,  
a pesar de los esfuerzos hechos de joven, un senti-  
miento tan común como el llamado amor filial.

Diríase que a los niños no les está permitida la  
indiferencia. Que serán para siempre prisioneros  
del amor que sienten espontáneamente hacia sus  
padres, por mucho que estos sean buenos o malos,  
inteligentes o idiotas, en una palabra: amables o no.  
Los etólogos dan a estas manifestaciones de cari-  
ño incontrolable e incondicional el nombre de *im-*

---

*pronta*. Carecer de amor filial no solo es un insulto a la decencia, sino que hace saltar por los aires el hermoso edificio de las ciencias cognitivas.

Yo tenía doce años. Serían las once de la noche y aún estaba despierto, pues era uno de esos días excepcionales en que mis padres habían ido a cenar fuera. Aprovechando la soledad, debía de estar leyendo a Isaac Asimov, o a Fredric Brown, o a Clifford D. Simak. Sonó el teléfono. Lo primero que pensé fue: es la policía, ha habido un accidente de coche, mis padres han muerto. Digo «mis padres» para simplificar (siempre hay que simplificar), pues se trataba de mi madre y de mi padrastro.

No era la policía. Era mi madre. Se habían entretenido, llamaba para que no me preocupara.

Colgué.

Acababa de descubrir que no había sentido ninguna inquietud. Me había imaginado su desaparición sin angustia ni tristeza. Estaba sorprendido por haber aceptado tan pronto mi condición de huérfano, incluso asustado por la punzada de decepción que había sentido al reconocer la voz de mi madre.

Fue entonces cuando supe que era un monstruo.

Me enteré de la muerte de Serge una tarde soleada. Serge era mi padre. Me llevaban en coche al festival de Manosque. Recuerdo que en el vehícu-

---

lo, además del conductor, iban por lo menos el poeta Jean-Pierre Verheggen y el escritor Jean-Claude Pirotte.

Me sonó el móvil, en la pantalla apareció un número desconocido y contesté. Era mi hermana. Digo «mi hermana», aunque en realidad se trata de mi hermanastra, por mucho que nunca haya sido muy consciente de tener una hermanastra. Le saco siete u ocho años, como yo fui adoptado por mi padrastro no llevamos el mismo apellido y nos habremos visto media docena de veces en nuestra vida. Aun así, un día entendí que me había endosado la capa heroica y mitificada del lejano hermano mayor, un traje de gala imaginario que hacía de mí su hermano sin que nada por mi parte la convirtiera a ella en mi hermana. Pero para entonces ya había renunciado a hacerle aceptar esta realidad psicológica tan elemental como decepcionante. Llevábamos años sin hablar.

—Nuestro padre ha muerto —me dijo.

Observé por la ventanilla el paisaje provenzal que bordeaba la autopista, sin saber qué contestar.

Compartíamos algo así como una ausencia de padre, porque yo nunca llegué a conocerlo realmente y ella tendría unos quince años cuando abandonó el nido paterno para refugiarse en el de su madre, y lo vio muy poco a partir de entonces. Aquella casilla que faltaba en nuestras vidas era, por otra parte, el único tema concreto de nuestras esporádicas conversaciones. La diferencia entre

---

ambos era que yo había acabado resignándome a dicha ausencia, mientras que ella, que había pasado la infancia a su lado, no había podido superarla y sufría por ello. Aquella mañana había perdido definitivamente la ausencia de nuestro padre.

—Nuestro padre ha muerto —repitió.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo ha muerto?

Noté que se hacía el silencio en el interior del coche. Es el efecto que suele producir la palabra *muerto*.

Mi hermana me explicó en pocas palabras que lo habían ingresado en el hospital por problemas respiratorios, que la situación había empeorado y que una embolia había acabado con él en mitad de la noche.

Pregunté por los detalles prácticos, por el día y el lugar del entierro. Pensé en darle el pésame, pero me pareció poco elegante. Me mostré compungido durante un minuto bien bueno y colgué. Jean-Pierre Verheggen me miraba inquieto.

Para tranquilizarlo, dije sonriendo: «No es nada. Mi padre, que se ha muerto».

Jean-Pierre se rio, y fue entonces cuando supe que era un monstruo.

Me enteré de la muerte de mi padrastro estando en el PEN Festival, en Nueva York, por una llamada del hospital Bichat. Cuando viajé a Estados Unidos llevaba una semana en cuidados intensivos.

---

Sin embargo, la situación no era perentoria, y quedarme en París para visitar a un hombre en coma inducido y simular dar sostén a mi madre no me parecía indispensable. La llamaba una vez al día, suficiente para darme cuenta de que la salud de Guy se degradaba paulatinamente con aquella alternancia de antibióticos y antiinflamatorios más bien ineficaz y, a la larga, letal. Prefería no estar allí para verlo. Habría sido aún más ignominioso fingir cariño que mostrar mi indiferencia ante un personal sanitario que ha visto de todo y no se deja engañar tan fácilmente.

Nunca quise a mi padrastro, y me cuesta pensar que esta falta de afecto no fuese recíproca. Nunca hubo, como suele decirse, buena sintonía.

Yo tenía un año y medio cuando se casó con mi madre. La plaza de padre llevaba bastante tiempo libre, pero él no tuvo prisa en ocuparla, aunque a decir verdad yo tampoco estaba muy dispuesto a que lo hiciera. Al final, el puesto quedó vacante. Algunos sacarán provecho de la lectura del ensayo de Pedersen *et al.* (1979) sobre la influencia decisiva del padre en el desarrollo cognitivo del hijo de sexo masculino. A los demás les diré que la figura paterna encontró otro camino para manifestarse.

Guy y yo nunca congeniamos. No tengo ningún recuerdo de ternura, ni de complicidad, y debía de haber alcanzado hacía poco el uso de la razón cuando decidí que era un imbécil, juicio sin duda precoz pero que nada vino nunca a refutar.



---

Un día manifesté una opinión personal en casa. Fue un despiste, pues no solía hacerlo, escarmen-  
tado como estaba por las discusiones derivadas  
de la expresión de mis ideas. Tenía once años, era  
mayo del 68, y tildé —de manera un tanto burda,  
es cierto— a Michel Debré, ministro del Interior  
de De Gaulle, de «gilipollas». La respuesta de mi  
padrastró fue: «Si fuera gilipollas, no estaría don-  
de está». De inmediato adjudiqué a aquella frase el  
marchamo de la estupidez servil, aunque la fór-  
mula que acudió a mi mente de modo espontáneo  
fue: «Este tío es gilipollas», lo cual demuestra que  
la palabra *gilipollas* acudía con facilidad a mi men-  
te. Decidí no perder el tiempo en una discusión  
estéril, algo que, a las puertas de la adolescencia,  
periodo propicio para las llamadas disputas de afir-  
mación, es una prueba tanto de sensatez como de  
complejo de superioridad.

Mi padrastró respetaba toda forma de autori-  
dad (jerárquica, policial, médica) y también obe-  
decía a mi madre, eso sí. Débil con los fuertes, se  
mostraba naturalmente fuerte con los débiles. En  
su actividad docente le gustaba humillar a los alu-  
mos, escoger a alguno y ridiculizarlo frente a los de-  
más. Era su manera de entender la pedagogía.

Nacido en 1931, Guy tenía doce años cuan-  
do se produjo la Liberación de París, veinticinco  
cuando se desencadenaron los acontecimientos de  
Argelia. Una generación afortunada y aun así bas-  
tarda, con la juventud atrapada entre la Ocupa-

---

ción y la guerra de Argelia. Había nacido demasiado tarde para colaborar, demasiado pronto para torturar. Nadie puede afirmar que hubiese hecho una cosa u otra. Incluso para cometer actos indignos, hace falta algo de temple. Pero no se habría negado a subir a una torre de vigilancia, eso seguro.

Mi madre y Guy formaban un extraño ejemplo de pareja inseparable sin amor. Nunca ella sin él, nunca él sin ella, nunca los dos juntos.

Que Guy muriera le traía sin cuidado, más allá de la perspectiva de estar realmente sola en el día a día, algo que le resultaba inimaginable. Pero era importante que nadie sospechara de su indiferencia. Mantener las apariencias era una actividad social a la que siempre había dedicado todas sus energías. Así que mi madre acudía cada día al hospital, como —repetía una y otra vez— era su deber. Se llevaba un sudoku y se sentaba frente a su marido en coma, pero no tardaba en aburrirse. Aguantaba un rato más, hasta que encontraba la ocasión de abordar a una enfermera o a un médico que pudieran legitimar su inminente partida. «Debería irme a casa —les decía—, de nada sirve que me quede, ¿verdad?» Una vez obtenido el descargo moral, abandonaba la habitación a toda prisa.

De modo que me enteré de la muerte de Guy estando en Nueva York. Arreglé a distancia las cuestiones logísticas. Luego volví. Para el entierro.

---

Fue entonces cuando descubrí que mi madre estaba loca.

Entendámonos.

Siempre he sabido que mi madre estaba loca, pero no es momento de hablar de ello.

Mi madre había perdido el contacto con la realidad hacía tiempo, pero su marido gestionaba con tanto orden las cosas del día a día que había logrado ocultar la evidencia. Con su desaparición, la locura materna adquirió tintes grotescos.

El tanatorio estaba casi vacío. Éramos cinco personas, tal vez seis.

Esos hombres de la muerte que son los tipos de las pompas fúnebres tienen su propio vocabulario. Mi madre tiene el suyo, más espontáneo. No hablan el mismo idioma.

Una vez el cuerpo listo y acomodado sobre la seda del féretro, uno de los hombres de negro se volvió hacia mi madre y le preguntó, con delicadeza:

—¿Quiere que se lo presentemos, señora?

—¿Presentármelo? —se indignó mi madre—. ¡Pero si ya lo conozco, que es mi marido!

El empleado debía de haberlas visto de todos los colores y pasó a explicar los detalles del protocolo. Lo que deseaba saber era si queríamos que el féretro permaneciera entreabierto para que, siguiendo una tradición más bien macabra, los allegados pudieran ver por última vez el rostro del ser querido. Pero lo formuló de esta manera:

---

—¿Quiere que haya exposición?

—¿Exposición de qué? —preguntó mi madre con voz inquieta.

Aunque enseguida añadió, con una racionalidad que pareció tranquilizarla:

—Tenía muchas corbatas.

El hombre la miró desconcertado.

Finalmente llegó el momento de fijar la tapa del féretro. De todos modos, ya no quedaba nadie.

—Vamos a cerrar, señora.

Mi madre le echó un vistazo al reloj.

—¿Cierran a mediodía? —se escandalizó.

No pude contener la risa. Y fue entonces cuando supe que era un monstruo.